

TRADUNA DE

LA VANGUARDIA

¿Qué vamos a hacer?

ENTUSIASMO CONCRETO

ES posible que los manuales de Historia del siglo próximo empiecen un capítulo con estas o parecidas palabras: «España fue devuelta a los españoles hacia 1976».

Si yo escribiera ese capítulo, añadiría algunas explicaciones para hacer comprensible esa frase. Diría que no es exacto que España les hubiera sido arrebatada a los españoles en 1939, sino les resultó enajenada —al dejarse enajenar, al consentir en una alienación inducida— en 1936. Desde entonces, los españoles quedaron recluidos, como dementes o expuestos a la demencia, con temor constante a las recaídas; lo único anormal es que quedaron confiados a la custodia y los cuidados de una fracción de los promotores de la antigua enajenación. Y tras una interminable convalecencia, el encadenamiento de las cosas y diversos azares parecen, en efecto, tender a que España sea devuelta —impersonalmente— a los españoles.

Para que esto sea realmente así, tendrán que tomar posesión de ella, lo cual supone como condición inexcusable que sean dueños de sí mismos. Lo que podríamos llamar la «salud mental» —es decir, la salud social— de España es el primer imperativo. Cualquier fanatismo, cualquier desmesura, cualquier manía, frivolidad o demagogia puede dar al traste con la delicada operación en que estamos empeñados. España tiene que guardarse de los violentos —los viejos trabucales nunca extinguidos y sus primos opuestos, los nuevos «metralletas»— y, no menos, de los traficantes de drogas políticas estupefacientes.

Pero lo más interesante empieza más allá de esas necesarias defensas y cautelas. Se trata de «hacer», de hacer innumerables cosas urgentes. Tengo la impresión de que en este momento —escribo el día de Navidad de 1975— el 90 por 100 de los españoles podemos recorrer juntos —sin acuerdo, pero en concordia— un largo camino. La condición es que olvidemos los rótulos, que tratemos de encontrarnos «en las cosas», en la convergencia que ellas imponen.

Lo que se llama «oposición» es algo muy necesario, y el que esto no suela comprenderse en España es una de sus mayores dificultades. Soy tan partidario de ella, que durante unos quince años me he sentido como su representante no diré único, pero sí terriblemente solitario. Me refiero a la oposición pública, porque siempre he tenido cierta aversión por la clandestinidad. He creído que se debe decir «No» —con la palabra siempre que sea posible, con la conducta en todo caso, con la no aprobación, con la ausencia de complicidad— a lo que sea in-

justo, a lo que oprima la libertad, a lo que ejerza violencia sobre la verdad.

Pero no veo con simpatía el término «oposición» como mero rótulo, puesto tal vez sobre vastas cooperaciones, antiguas o actuales. Porque suele implicar algo automático, manifiesto, la obseciva oposición mecánica y abstracta del que en una asamblea, sin saber de qué se trataba, pedía la palabra «para oponerse». Hay que oponerse en concreto, a todo lo que merezca, y nada más (no ha faltado tarea, ciertamente, y no hay miedo de que falte nunca).

Pienso que conviene abandonar —al menos de momento— las tesis y denominaciones abstractas, y aproximarse a lo concreto, al contenido real de las cosas. Se pueden defender cualesquiera actitudes, se pueden sostener todas las causas imaginables, se pueden agitar todas las banderas —o se puede golpear con sus astas a los demás—; todo acuerdo parece imposible. Pero cuando se va a las cosas, cuando se trata de imaginar en concreto esa tesis, esa causa, cuando se intenta convertirla en un programa de acción rigurosamente real, aquí y ahora, en este país, con estos hombres y mujeres, con estas virtudes y defectos, con estas precisas disponibilidades, con tanta riqueza y tanta pobreza y estas conexiones internacionales que van más allá de toda voluntad, esta realidad impone una disciplina, hace que las ideas y los deseos se ajusten a una estructura dada, excluye el utopismo y el capricho, pone límites al deseo de variación y, a la inversa, impone las variaciones necesarias.

Si pudiera dar un consejo a mis compatriotas, sería este: «vivir con normalidad». Dar por supuesto que hay libertad, y usarla razonablemente. Moverse sin estar esperando oír un ruido de cadenas. Avanzar con paso regular, yendo a alguna parte —único modo eficaz de comprobar que no se llevan puestos grilletes—. Confiar en la justicia y reclamarle cuando falte o parezca perezosa. En otros términos: tomar por la palabra al equipo que ha asumido la responsabilidad nacional y hacer el intento real de vivir en un país occidental civilizado.

Que es, por supuesto, lo que ha sido siempre España —siempre que no ha estado enajenado o fuera de sus casillas—. No sólo lo ha sido, sino de modo eminente, innovador, creador, irradiante. Ningún país ha sido, después de Roma, más civilizador, más occidentalizador. ¿Vamos a creer que ese país mismo no sea civilizado según los principios y el estilo de Occidente?

Yo quisiera que cada uno de los españoles —y cada grupo de ellos cuando se unan, cosa tan necesaria y que olvidamos tanto— buscara sus posibilidades particulares, hiciera el recuen-

to de ellas, y dejara que se le encendiera el entusiasmo. Pero no el abstracto, vacío, hecho de tópicos y lugares comunes, incontrolable o relegado a un pasado mal conocido y lleno de vaguedad, con el que tantas veces se ha intentado adormecer a este pueblo, sino el entusiasmo concreto por lo que hay que hacer, por lo que se va a hacer.

Se entiende, por lo que vamos a hacer nosotros, cada uno de nosotros, sin esperar a lo que hagan los demás, a que «las cosas» —en abstracto— estén bien, a que llegue ningún mesías (o lo importemos). Lo urgente es que todos los españoles se movilicen y empiecen a vivir con normalidad, con normalidad; que se pongan a hacer lo que quieren —es decir, no lo que meramente «deseen», sino lo que puedan de verdad querer, con todas sus consecuencias.

Se dirá: «Pero ¿es que nos van a dejar?» A este tipo de preguntas suelo contestar: con verlo, basta. Vamos a actuar como si nos fueran a dejar hacer todo aquello que es el contenido normal de nuestra vida, aquello a que tenemos derecho, cuya privación sería abuso, injusticia notoria. Si no nos dejan, ese será el momento de ver qué se puede hacer para que la libertad sea real.

Quiero decir que si suponemos que no la hay, no la habrá nunca, porque nos privaremos de ella aunque nadie quisiera despojarnos. Y en cambio, si la ejercitamos justificadamente, teniendo en cuenta a los demás y las posibilidades objetivas, cargándonos de razón, va a ser muy difícil que nadie se atreva a arrebatárnosla. Primero, porque para nadie razonable sería necesario, ni siquiera conveniente; segundo, porque la certeza de tener razón da una fuerza incalculable. (Y digo, repárese bien, la certeza de tener razón, algo bien distinto del alcohólico fanatismo que encubre la inseguridad y del frío cinismo que se burla de la razón.)

España necesita hervir de proyectos, de ganas de hacer —y no de destruir—, de vitalidad. Es menester que su cuerpo entero sea recorrido por un estremecimiento de actividad precisa, ajustada a la realidad, como la del buen operario. ¿Podríamos ser nacionalmente ambiciosos si no tuviéramos la ambición de intensidad, de perfección de cada uno de nuestros quehaceres concretos?

No hay que echar las campanas al vuelo. Tienen que dejar alguna vez de tocar a muerto. Las campanas de España deben llamar alegremente al entusiasmo de cada día.

Julián MARIAS

Con los apoyos de Riquer

EL ATREVIDO TIRANTE EL BLANCO

EL libro, como bien se sabe, figuraba en la biblioteca de don Quijote. Y que el famoso hidalgo manchego lo había leído y releído —valga el supuesto de la ficción—, lo da a entender en la escena del retablo de maese Pedro, cuando, luego de no dejar títere sin cabeza, invoca a los grandes paladines de la «andante caballería»: uno de los primeros nombres que acuden a su boca es el del «atrevido Tirante el Blanco». Pero fue el Cura, el ilustrado eclesiástico del «escrutinio» de los papelotes que sobrieron el seso a Alonso Quijano, quien hizo los máximos elogios de la obra. Cervantes aprovechó la ocasión y el personaje para «opinar». «Un tesoro de contento y una mina de pasatiempos», dice. «Por su estilo es éste el mejor libro del mundo», añade. Da la razón: «aquí comen los caballeros, y duermen y mueren en sus camas, y hazen testamento antes de su muerte, con otras cosas de que todos los demás libros deste género carecen». Luego viene lo de echar al autor «a galeras por todos los días de su vida»: expresión ambigua, o retorrida, que Martín de Riquer propuso interpretar en sentido positivo, que es el del contexto. «Llevedle a casa y leedle, y veréis que es verdad quanto dél os he dicho», concluye el tesorero hablando con su «compadre» el Barbero. Quizá el Barbero fue uno de los «últimos» lectores del «Tirante»...

«Habent sua fata...» Poca suerte tuvo la novela de Joanot Martorell y Joan Martí de Galba. En su versión original catalana se publicó en Valencia el 1490, y fue reeditada en Barcelona el 1497, con tirajes —sumados— que el mismo Riquer considera, guardadas las proporciones de demografía y de alfabetización, como elocuentes: de «best seller». Las señoras valencianas de «Lo somni de Joan Joan», contemporáneas, se divertían con el «Tirante». En 1561, Onofre Almudéver, al recapitular las glorias literarias locales, ya ignora la narración de Martorell y Galba. Traducido al castellano, el «Tirante» apareció en Valladolid el 1511. Un ejemplar de esta impresión fue a parar a las manos y a los ojos de don Quijote. O sea: de Cervantes. El «género» pasó de moda enseguida, o tal vez ni siquiera estuvo de moda en el momento en que Cervantes redactaba el «Quijote». No lo sé: en todo caso, habían pasado bastantes años desde

la edición de Valladolid. El «Tirant» volvió a los tórculos con el empuje de la Renaixença: una operación de arqueología, más bien, en el terreno lingüístico y literario. En la posguerra avanzada, Riquer nos dio una versión del texto completa, normalizada y con las notas oportunas: en la «Biblioteca Perenne». Más tarde, un sutil y vibrante estudio de Vargas Llosa devolvía al «Tirant» una oportunidad de ser leído «hoy» y sin trastiendas eruditas... Eso ocurrió hace tres o cuatro años. O seis: no importa. ¿Qué queda ahora del «best seller», el renovado «best seller» del «Tirant»? Me lo pregunto y con desánimo. De alguna manera, Riquer, Vargas Llosa, y sus antecesores en el estudio rescataban el «Tirant» del olvido, y le reintegraban, sin telarañas académicas, a la condición de «clásico»: clásico europeo, clásico universal, además de catalán. ¿Se sigue leyendo el «Tirant»? Un «clásico», al fin y al cabo, no es más que un escritor que renueva su clientela cada diez años...

«Clásico», en otra perspectiva, es un texto antiguo y admirable, si no admirado. En los «Clásicos Castellanos» de Espasa-Calpe, ese increíble, e increíblemente docto, trabajador que es Martí de Riquer acaba de ofrecernos una reedición del «Tirante el Blanco» de Valladolid. No haré la apología de Riquer, que me sería discutida desde muchas esquinas. Pero, aun descontando lo que convenga descontar, a Riquer debemos una cantidad estupenda de estudios y de averiguaciones sobre la literatura de nuestro pasado, y a su solvencia habrá que acudir muy a menudo. El «Tirant» ha sido un tema largamente elaborado por este distinguido profesor. En la rebusca de fuentes, en la colación de variantes, en la exégesis de fondo, Martí de Riquer nos ha proporcionado unas posibilidades de acceso a la lectura del «Tirant» realmente admirables. Y ahora, al «Tirante». De la venerable traducción del 1511 sólo se conserva un ejemplar e incompleto. Se le salvó en una reproducción minoritaria: de bibliofilia. En «Clásicos Castellanos», los cinco tomos del «Tirante el Blanco» constituyen una importante aportación, para ambas literaturas: la castellana y la catalana. Como curiosidad supernumeraria, ésta: es el «Tirante» que leyeron don Quijote y Cervantes. Que no es un dato a desdeñar.

Riquer ha escrito una larga «introducción» al «Tirante». Insiste en sus teorías precedentemente expuestas acerca del autor —o autores— y del libro. Gracias a la benemérita actividad archivística de don Lluís Cerveró, Riquer ha podido redondear, hasta donde es posible, la biografía de Joanot Martorell. Este individuo, cuñado de Ausias March, peleón, charlatán, prototipo de una cierta «caballería» fantasiosa, que se pasó la vida retando «a ultranza» a quien se le puso por delante, sin que conste que se las viese de veras con nadie, dista mucho de ser lo que Riquer cree. ¿Era un «caballero» o un «señorito»? Yo apostaríe por lo segundo. Me temo que Joanot Martorell pasó por esta triste vida corporal —¡oh món cruel, tan desigual!— derrochando retórica agresiva, y muriendo en su cama, debidamente oleado, sin haber recibido en su cuerpo ni un solo insignificante cardenal. Su escritura, el «Tirant», responde a esa actitud híbrida, de clase. Don Marcel·lin Menéndez Insinuó que la novela respondía a planteamientos «burgueses». Riquer sostiene que el «Tirant» no es una novela burguesa, y, por tanto, crítica y sarcástica respecto a la «caballería». Y así es, en alguna medida, si bien se mira. Pero Martorell, o Galba, se tomaba a choteo las más altas jerarquías sociales: las del Imperio de Oriente. El «Tirant» es el revés de la aventura de Muntaner, si se me permite la exageración. La Constantinopla de Martorell es —y no es la primera vez que lo digo— un vodevil. Don Quijote no se enteró porque era tonto. O loco. O nada.

Martí de Riquer, al analizar el «Tirant», descarta la calificación de «novela de caballerías», en el rasgo peyorativo de esta estipulación escolar. Sería una «novela caballescaca»: militar. Tirant lo Blanc, más que un «caballero andante», fue un capitán de ventura, maquinador de ardid, trapacero, trepador, estratega, un Roger de Flor —¿o un Ulises?— ensañado por la pequeña y capada aristocracia catalana del XV... Los Martorell y los March y el resto eran unos donnadies del microfuedalismo autóctono: no levantaban un gato por el rabo. Se lo pasaban en grande imaginando batallas, duelos y pillajes. Históricamente, no hay manera de tomarles en serio. Si me apuran, diría que los combates ca-

ballerescos que Martí de Riquer y Pere Bohigas han puntualizado tan delicadamente, son la «Copa Davis» de la época. O, menos todavía. La correspondencia que se cruzaba entre los interesados solía ser abracadabrante, y al final todo quedaba en una pura nada. De estas contradicciones nace el «Tirant». Y convendría apretar el análisis, y ver cuáles eran los ingresos de los Martorell, y de dónde y cómo procedían. Y no sólo de Martorell. La preciosa lista que Martí de Riquer propone como «caballería» —andante o no— en la Valencia del XV, ¿no era, en parte, la «Copa Davis»? Habría que verlo. Todos los «passos honrosos» eran como partidas de tenis, salvando las distancias, que no eran muchas. Descalabros aparte.

Lo que cuenta, en definitiva, es lo que Riquer da en sus comentarios al «Tirante el Blanco». Tal o cual pasaje del relato halla en una nota a pie de página un esclarecimiento técnico. Martí de Riquer ha hecho por el «Tirant» lo que nadie había hecho antes a fondo. La verdad es que si los catalanoparlantes, o catalanolevantes, podemos leer el «Tirant» con las debidas notas instructivas es gracias a Riquer. El «Tirante el Blanco», en esta imprevista aparición como «clásico castellano», también pesa lo suyo. Es el libro que Cervantes leyó y juzgó. Y Riquer lo ha administrado, y bien. Lo de menos es que coincidamos en que el «Tirante» sea una «novela de caballerías» o una «novela caballescaca», o un grupo castrense. Importa más la limpia lectura del libro, a pecho descubierta. Riquer será nuestro acompañante fatal. Nunca se podrá leer el «Tirant» sin los apoyos de Riquer: por los siglos de los siglos. Al margen de eso —y de más cosas—, lo que se quiere: remolones empecinamientos políticos, incoordinados de escalafón, la miseria habitual. A veces, yo, pienso en el Martí de Riquer que publicó en «La República de les Lletres», en la Valencia del '35 o del '36, un brillante y erróneo esquema de la entera literatura catalana. Es «mi» Martí de Riquer, mal que a él le pese. Y le pese o no, da igual. Con lo que ha hecho por el «Tirant», y con este «Tirante» último, la gratitud es inmensa.

Joan FUSTER

A partir de hoy día 11 de enero de 1976

nuevo teléfono

301 24 50*

301 25 82-301 26 32-301 26 82

BALMES, 10 / BARCELONA

GRAN FESTIVAL MUSICAL
SORTEO SOUNDERCorrespondiente al Concurso SALON DE LA
INFANCIA Y DE LA JUVENTUDDía 16, a las 20 horas, en el Teatro del Colegio de la Bonanova
Paseo Bonanova, 8

Entrada libre

Patrocinado por

HAMMOND IBERICA, S. A.

